El abrigo que eligió llevar

Relato original · Shyvirelle

Clara había calculado que el trayecto desde su casa hasta la celebración duraría doce minutos. Tardaron diecisiete porque Lucía se detuvo dos veces: una para comprar un ramo pequeño de flores, otra para preguntarle si quería dar la vuelta a la manzana antes de tocar el timbre. Clara dijo que no. Después dijo que tal vez sí. Ninguna de las dos se movió.

Era la primera vez que iban juntas a una reunión de la familia de Clara desde que habían dejado de llamarse amigas. Durante años habían entrado por aquella puerta separadas por unos pasos: Lucía saludaba a la tía Irene, Clara se quitaba el abrigo, y las dos terminaban cerca de la ventana hablando de cualquier cosa. Ahora querían entrar de la mano. Lo que no habían decidido era qué decir cuando alguien preguntara.

—Prometimos hablarlo antes —recordó Lucía.

Clara apretó con los dedos la manga de su abrigo. Era azul oscuro, un poco grande y lo bastante cálido como para que tuviera sentido seguir llevándolo aunque dentro de la casa hubiera calefacción.

—Lo sé. Solo que en mi cabeza todo sonaba más sencillo.

—Podemos decir que estamos juntas. O no explicarlo hoy. Lo que elijamos, pero las dos.

Desde el interior llegó una carcajada que ambas reconocieron como la de Irene. Clara respiró hondo y tocó el timbre antes de llegar a contestar.

La puerta se abrió de inmediato. Su tía llevaba un paño de cocina sobre el hombro y la alegría de quien llevaba mucho rato esperando a los últimos invitados.

—¡Por fin! Entren, que se enfría todo. Clara, quítate ese abrigo. Lucía, dame las flores, qué lindas. No se me queden ahí paradas.

El pasillo olía a pan recién calentado. Desde la sala alguien llamó a Clara y otro familiar preguntó de quién eran unas llaves. Irene abrazó a las dos casi al mismo tiempo, dejó las flores junto a la puerta y volvió a insistir.

—El abrigo, hija. Estás en tu casa.

Clara se desabrochó el primer botón. Lucía todavía tenía su mano, pero a Clara le pareció que soltarla facilitaría todo: quitarse la prenda, atravesar el pasillo y llegar a la sala sin que nadie se detuviera a observarlas. Dejó escapar los dedos de Lucía con una rapidez que no había planeado.

Lucía no dijo nada. Se limitó a mirarla, no con reproche, sino con una atención que Clara conocía bien. Era la misma mirada que recibía cuando respondía «no pasa nada» y había ocurrido algo.

—¿Quieres que salgamos un momento? —preguntó Lucía en voz baja.

Irene ya se había adelantado hacia la sala. Les dijo desde lejos que había sitio para todos.

Clara volvió a abrocharse el botón. Las dos bajaron los tres escalones de la entrada y quedaron junto a la pared exterior, todavía iluminadas por la ventana del pasillo. No se habían alejado tanto como para inventar una excusa: cualquier persona podía verlas hablar. A Clara le pareció un alivio no tener que esconderse, aunque necesitara un momento a solas.

—Perdón —dijo.

—¿Por soltarme la mano?

—Sí. Y porque te traje sin responder a lo que me preguntaste.

Lucía sujetó contra el viento su propio abrigo, que llevaba abierto desde que llegaron. Sonrió al darse cuenta. Fue una sonrisa pequeña, suficiente para que la conversación continuara.

—No necesito que hoy se entere todo el mundo —dijo Lucía—. Tampoco necesito que todo el mundo crea que seguimos siendo solo amigas. Me importa que no decidamos una cosa por vergüenza y la otra por presión.

Clara miró la puerta entreabierta. Irene había vuelto a la sala sin reparar en ellas. Los familiares hablaban de un postre y de quién se había olvidado de traer servilletas. Nadie las estaba esperando para una ceremonia especial.

—Había pensado decirlo apenas entráramos —confesó Clara—. Algo claro, sin rodeos. Pero cuando abrió mi tía sentí que iba a interrumpir la fiesta. Y después me dio miedo lo contrario: que pasáramos toda la noche fingiendo que nada había cambiado.

—No tenemos que elegir entre hacer un anuncio y fingir.

—¿Y si alguien pregunta?

—Lo contestamos, si queremos contestarlo. Y si hoy no nos apetece, hablamos de otra cosa. Lo único que me gustaría es no tener que soltar tu mano para entrar.

Clara observó la mano de Lucía, abierta junto a la suya. La había tomado muchas veces al caminar, al cruzar una avenida o después de recibir una noticia difícil. Le resultaba extraño que el mismo gesto exigiera ahora tantas palabras.

—Quiero entrar contigo —dijo—. Como mi pareja. No hace falta decirlo en el primer saludo. Si surge, lo decimos juntas.

—Eso me parece bien.

—Y si no surge...

—También estaremos juntas.

Clara soltó la risa que llevaba conteniendo desde la esquina. Acomodó el cuello del abrigo de Lucía, que el aire de la calle había levantado. Las flores seguían junto al marco de la puerta, a salvo de las pisadas.

Al entrar, Irene regresaba por tercera vez al pasillo.

—¿Ahora sí? ¿Se quedaron hablando afuera? Vengan, vengan. Clara, el abrigo...

—Ahora me lo quito —respondió Clara.

Lo hizo sin prisa. Lucía tomó la prenda por un instante mientras Clara liberaba las mangas. No hubo una presentación preparada ni una frase que pidiera a todos guardar silencio. Al fondo, la conversación seguía.

Clara llevó el abrigo hasta la sala y lo dejó sobre el respaldo de una silla libre. En ese momento Irene las miró desde el otro extremo de la habitación. Clara sostuvo la mirada y extendió la mano. Lucía la tomó.

La tía sonrió apenas, como quien comprende que hay tiempo para preguntar después, y señaló dónde habían dejado los vasos. Clara notó que la mano de Lucía estaba tibia. Ninguna de las dos se apresuró a explicarlo.